

# **Un Misterio: ¡Santos Afligidos y Jesús Gozoso!**

**Núm. 585**

**Un Sermón**

**Predicado el Domingo por la Mañana, 7 de Agosto de 1864**

**por el Rev. C. H. Spurgeon**

**en el Metropolitan Tabernacle, Newington**

*«Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él». (Juan 11:14-15)*

EN la pequeña aldea de Betania vivía una familia muy feliz. No había ni padre ni madre en ella; el hogar consistía en el hermano soltero Eleazar, o Lázaro, y sus hermanas, Marta y María, quienes moraban juntos en unidad tan buena y agradable que allí el Señor enviaba la bendición, la vida eterna.

Este afectuoso trío era amante del Señor Jesucristo, y era favorecido con frecuencia con Su compañía. Tenían casa abierta siempre que el gran Maestro pasaba por allí. Tanto para el Maestro como para los discípulos siempre había mesa, cama y candelero en la cámara del profeta, y a veces se preparaban suntuosos banquetes para toda la compañía. Eran muy felices y se regocijaban mucho al pensar que podían ser útiles para las necesidades de uno tan pobre y, sin embargo, tan honrado como el Señor Jesús.

Pero, ¡ay!, la aflicción llega a todas partes. La virtud puede vigilar la puerta, pero el dolor no puede excluirse del hogar. «El hombre nace para la aflicción, como las chispas vuelan hacia arriba»; si el combustible es un leño de fragante madera de sándalo, las chispas deben elevarse, y así también las mejores familias deben sentir la aflicción.

Lázaro enferma. Es una enfermedad mortal, más allá del poder de los médicos. ¿Cuál es el primer pensamiento de las hermanas sino enviar por su amigo Jesús? Saben que una palabra de Sus labios restaurará a su hermano. No hay necesidad absoluta de que Él arriesgue siquiera Su seguridad con un viaje a Betania; solo tiene que decir la palabra y su hermano será sanado.

Con esperanzas brillantes y ansiedades moderadas, envían un tierno mensaje a Jesús: «Señor, he aquí, el que amas está enfermo». Jesús lo oye y envía de vuelta la respuesta que tenía mucho consuelo, pero que difícilmente podía compensar Su ausencia: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Allí yace el pobre Lázaro después de que llega el mensaje. No se recupera; está un poco más animado porque oye que su enfermedad no es para muerte, pero sus dolores no disminuyen. El sudor frío de la muerte se acumula en su frente, su lengua está seca, está lleno de dolores y atormentado por la angustia. Finalmente, atraviesa la puerta de hierro de la muerte, y allí yace su cadáver ante los ojos de las hermanas que lloran. ¿Por qué no estaba Jesús allí? ¿Por qué no vino? De corazón tierno como siempre lo fue, ¿qué pudo haberlo hecho tan poco amable? ¿Por qué se demora tanto? ¿Por qué tarda tanto en venir? ¿Cómo pueden ser verdaderas Sus palabras? Dijo: «*Esta enfermedad no es para muerte*», y allí yace el buen hombre frío en la muerte, y los dolientes se reúnen para el funeral.

¡Miren a Marta! Ha estado despierta todas las noches velando a su pobre hermano. Ningún cuidado podría haber sido más constante, ninguna ternura más excesiva. No hay poción en el ámbito de su economía doméstica que no haya preparado. Ha recogido esta hierba y la otra, y ha administrado todo tipo de bebidas medicinales y alimentos nutritivos. Y ansiosamente ha velado hasta que sus ojos están enrojecidos por falta de sueño.

Jesús podría haberle ahorrado todo esto. ¿Por qué no lo hizo? Solo tenía que desearlo, y el rubor de la salud habría regresado a la mejilla de Lázaro, y no habría habido más necesidad de este cansado cuidado y esta agotadora vigilia. ¿Qué está haciendo Jesús? Marta estaba dispuesta a servirle, ¿no la servirá Él a ella? Ella se ha preocupado incluso con mucho servicio por causa de Él, dándole no solo lo necesario sino también delicias, ¿y Él no le dará lo que es tan deseable para su corazón, tan esencial para su felicidad: la vida de su hermano? ¿Cómo es que puede enviarle una promesa que parece no cumplir, y atormentarla con esperanza, y derribar su fe?

En cuanto a María, ella ha estado sentada en silencio al lado de su hermano, escuchando sus últimas palabras, repitiendo en su oído las palabras de gracia de Jesús que solía escuchar cuando se sentaba a Sus pies, captando las últimas palabras de su hermano moribundo, pensando menos en la medicina y en la dieta de lo que Marta lo hacía, pero pensando más en su salud espiritual y en el gozo de su alma.

Ella se esforzó por sostener el espíritu decaído de su amado hermano con palabras como estas: «Él vendrá. Puede esperar, pero yo lo conozco, Su corazón es muy bondadoso; Él vendrá al final. E incluso si te deja dormir en la muerte, será solo por un poco. Resucitó al hijo de la viuda en la puerta de Naín; ciertamente te resucitará a ti, a quien ama mucho más. ¿No has oído cómo despertó a la hija de Jairo? Hermano, Él vendrá y te vivificará, y aún tendremos muchas horas felices, y tendremos esto como una muestra especial de amor de nuestro Maestro y Señor: que Él te resucitó de entre los muertos».

Pero, ¿por qué, por qué no se le ahorraron esas amargas lágrimas que corrían escaldantes por sus mejillas cuando vio que su hermano estaba realmente muerto? No podía creerlo. Besó su frente, ¡y oh, qué fría estaba esa frente de mármol! Levantó su mano: «No puede estar muerto —dijo ella— porque Jesús dijo que esta enfermedad no era para muerte». Pero la mano cayó sin fuerza a su lado. Su hermano era realmente un cadáver, y pronto comenzó la putrefacción, y entonces supo que el amado barro no estaba exento de toda la deshonra que la decadencia trae al cuerpo humano.

¡Pobre María! Se dice que Jesús te amaba, pero esta es una forma extraña de mostrar Su amor. ¿Dónde está? A millas de distancia se demora. Sabe que tu hermano está enfermo. Sí, sabe que está muerto, y sin embargo permanece aún donde está. ¡Oh, misterio doloroso que la compasión de un Salvador tan tierno debería hundirse tan por debajo de su sonda para medirla, o Su misericordia debería elevarse tan alto más allá de su poder para alcanzarla!

Jesús está hablando de la muerte de Su amigo; escuchemos Sus palabras; tal vez encontremos la clave de Sus acciones en las palabras de Sus labios. ¡Qué sorprendente! No dice: «Lamento haberme demorado tanto». No dice: «Debí haberme apresurado, pero incluso ahora no es demasiado tarde». Escuchen y maravíllense. ¡Maravilla de maravillas, dice: «Me alegro de no haber estado allí»! ¡Alegre! La palabra está fuera de lugar. Lázaro, a estas alturas, apesta en su tumba, y aquí está el Salvador alegre.

¡Marta y María están llorando hasta quedarse sin ojos por el dolor, y sin embargo su amigo Jesús está alegre! Es extraño, ¡es pasmosamente extraño! Sin embargo, podemos estar seguros de que Jesús sabe mejor que nosotros, y por lo tanto nuestra fe puede sentarse quieta e intentar descifrar Su significado, donde nuestra razón no puede encontrarlo a primera vista.

«Me alegro —dice Él— por vosotros de no haber estado allí, para que creáis». ¡Ah! Lo vemos ahora. Cristo no se alegra por el dolor, sino solo por el resultado del mismo. Él sabía que esta prueba temporal ayudaría a Sus discípulos a tener una fe mayor, y Él valora tanto su crecimiento en la fe que incluso se alegra del dolor que lo ocasiona. Él dice, en efecto: «Me alegro por vosotros de no haber estado allí para evitar la aflicción, porque ahora que ha llegado, os enseñará a creer en Mí, y esto será mucho mejor para vosotros que haberse librado de la aflicción».

Tenemos así claramente ante nosotros el principio de que nuestro Señor, en Su infinita sabiduría y amor sobreabundante, valora tanto la fe de Su pueblo que no los protegerá de aquellas pruebas por las cuales la fe es fortalecida. Intentemos exprimir el vino de consolación del racimo del texto.

En tres copas preservaremos el buen jugo mientras fluye del lagar de la meditación. En primer lugar, hermanos, Jesucristo se alegró de que la prueba hubiera llegado, para el fortalecimiento de la fe

de los apóstoles. En segundo lugar, para el fortalecimiento de la fe de la familia. Y en tercer lugar, para dar fe a otros, porque encuentran en el versículo cuarenta y cinco que la copa pasó a los amigos solidarios: *«Entonces muchos de los judíos que habían venido a casa de María, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él»*.

**I. Jesucristo diseñó la muerte de Lázaro y su posterior resurrección PARA EL FORTALECIMIENTO DE LA FE DE LOS APÓSTOLES.**

Esto actuó de dos maneras: no solo la prueba en sí misma tendería a fortalecer su fe, sino que la notable liberación que Cristo les dio de ella ciertamente serviría para el crecimiento de su confianza en Él.

**1.** Observemos de inmediato que la prueba en sí misma ciertamente tendería a aumentar la fe de los apóstoles. La fe no probada puede ser fe verdadera, pero seguramente será fe pequeña. Creo en la existencia de la fe en hombres que no tienen pruebas, pero hasta ahí puedo llegar. Estoy persuadido, hermanos, de que donde no hay prueba, la fe apenas respira lo suficiente para vivir, y eso es todo. Porque la fe, como la fabulosa salamandra, tiene el fuego como su elemento nativo.

La fe nunca prospera tan bien como cuando todas las cosas están en su contra. Las tempestades son sus entrenadoras, y los relámpagos sus iluminadores. Cuando reina la calma en el mar, despliega las velas como quieras, el barco no se mueve hacia su puerto. Porque en un océano adormecido, la quilla también duerme. Dejen que los vientos se levanten aullando, y que las aguas se eleven, entonces, aunque el barco pueda balancearse, y su cubierta pueda ser lavada por las olas, y su mástil pueda crujir bajo la presión de la vela llena e hinchada, es entonces cuando avanza hacia su puerto deseado.

Ninguna flor usa un azul tan hermoso como las que crecen al pie del glaciar congelado. Ninguna estrella es tan brillante como las que brillan en el cielo polar. Ninguna agua es tan dulce como la que brota en medio de la arena del desierto, y ninguna fe es tan preciosa como la que vive y triunfa en la adversidad.

Así dice el Señor, por boca del profeta: *«Dejaré en medio de ti un pueblo afligido y pobre, y confiarán en el nombre del Señor»*. Ahora, ¿por qué afligido y pobre? Porque hay una adaptación en los afligidos y pobres entre el pueblo del Señor para confiar en el Señor. No dice: *«Dejaré en medio de ti un pueblo próspero y rico, y confiarán»*. ¡No! Estos apenas parecen tener tanta capacidad para la fe como los afligidos. Más bien, dejaré en medio de ti un pueblo afligido y pobre, y ellos, por razón de su misma aflicción y pobreza, estarán más graciosamente dispuestos a reposar su fe en el Señor.

La fe no probada es siempre de pequeña estatura, y es probable que permanezca enana mientras esté sin pruebas. No hay espacio en las plácidas piscinas de la comodidad para que la fe adquiera proporciones de leviatán. Debe morar en el mar tormentoso si ha de ser una de las principales obras de Dios. La fe probada trae experiencia, y cada uno de ustedes que son hombres y mujeres de experiencia debe saber que la experiencia hace que la religión se vuelva más real para ustedes.

Nunca conocen la amargura del pecado ni la dulzura del perdón hasta que han sentido ambas. Nunca conocen su propia debilidad hasta que se han visto obligados a pasar por los ríos, y nunca habrían conocido la fortaleza de Dios si no hubieran sido sostenidos en medio de las inundaciones.

Toda la charla sobre religión que no se basa en una experiencia de ella es mera charla. Si tenemos poca experiencia, no podemos hablar tan positivamente como aquellos cuya experiencia ha sido más profunda y profunda.

Una vez, cuando estaba predicando sobre la fidelidad de Dios en tiempos de prueba en los primeros días de mi ministerio, mi venerable abuelo estaba sentado en el púlpito detrás de mí. De repente se levantó y tomó mi lugar, y acercándose al frente del púlpito dijo: «Mi nieto puede predicar esto como una cuestión de teoría, pero yo puedo decírselo como una cuestión de experiencia, porque he hecho negocios en las grandes aguas y he visto las obras del Señor por mí mismo».

Hay una acumulación de fuerza en el testimonio de uno que ha pasado personalmente por las cosas de las que otros solo pueden hablar como si las hubieran visto en un mapa o en un cuadro. Los viajeros que escriben desde sus sillones lo que han visto desde sus dormitorios pueden redactar libros para entretener las horas ociosas de los que se quedan en casa. Pero el que está a punto de atravesar regiones llenas de peligro busca un guía que realmente haya recorrido el camino.

El escritor puede sobresalir en palabras floridas; el verdadero viajero tiene sabiduría real y valiosa. La fe aumenta en solidez, seguridad e intensidad cuanto más se ejercita con la tribulación, y cuanto más ha sido derribada y levantada de nuevo. Sin embargo, que esto no desanime a los que son jóvenes en la fe. Tendrán pruebas suficientes sin buscarlas. La porción completa les será medida a su debido tiempo.

Mientras tanto, si aún no pueden reclamar el resultado de una larga experiencia, agradezcan a Dios por la gracia que tienen. Alábenlo por aquello a lo que han llegado. Caminen según esa regla, y aún tendrán más y más de la bendición de Dios, hasta que su fe pueda remover montañas y conquistar imposibilidades.

Se puede preguntar: «¿Cuál es el método por el cual la prueba fortalece la fe?». Podríamos responder de varias maneras. La prueba quita muchos de los impedimentos de la fe. La seguridad

carnal es el peor enemigo de la confianza en Dios. Si me siento y digo: «Alma, descansa, tienes muchos bienes guardados para muchos años», el camino de la fe está barricado, pero la adversidad prende fuego al granero, y «los bienes guardados para muchos años» dejan de obstruir el camino de la fe.

¡Oh, bendita hacha del dolor, que despeja un camino para mí hacia mi Dios, cortando los árboles frondosos de mis consuelos terrenales! Cuando digo: «Mi monte está firme; no seré movido», la fortificación visible, más que el protector invisible, atrae mi atención. Pero cuando el gran terremoto sacude las rocas y el monte es tragado, vuelo a la Roca Inmutable de los Siglos para edificar mi confianza en lo alto.

La comodidad mundana es un gran enemigo de la fe. Afloja las coyunturas del valor santo y rompe los nervios del coraje sagrado. El globo nunca se eleva hasta que se cortan las cuerdas. La aflicción hace este servicio agudo para las almas creyentes. Mientras el trigo duerme cómodamente en la cáscara, es inútil para el hombre; debe ser trillado de su lugar de descanso antes de que su valor pueda ser conocido. La prueba arranca la flecha de la fe del reposo de la aljaba y la dispara contra el enemigo.

Tampoco es la aflicción de poco servicio para la fe cuando expone la debilidad de la criatura. Esta prueba mostraría a los apóstoles que no debían depender de la generosidad de ningún hombre, porque aunque Lázaro puede haberlos entretenido y llenado su pequeña bolsa de comida, Lázaro muere, y María puede morir, y Marta puede morir, y todos los amigos deben morir, y esto les enseñaría a no mirar a cisternas rotas, sino a volar a la fuente que fluye eternamente.

Oh, queridos amigos, estamos en gran peligro de hacer ídolos de nuestras misericordias. Dios nos da Sus favores temporales como refrescos en el camino, y luego inmediatamente nos arrodillamos y clamamos: «Estos son tus dioses, oh Israel». Es por la misericordia del Señor que estos dioses ídolos sean hechos pedazos. Él marchita las calabazas bajo las cuales nos sentábamos en amplia sombra, para que levantemos nuestro clamor a Él y confiemos solo en Él. El vacío de la criatura es una lección que somos tan lentos en aprender, y debemos tenerla azotada en nosotros por la vara de la aflicción. Pero debe ser aprendida, o de lo contrario la fe nunca puede alcanzar eminencia.

Además, la prueba es de especial servicio para la fe cuando la lleva a su Dios. Hago una triste confesión, por la cual me lamento, de que cuando mi alma es feliz y las cosas prosperan, por regla general no vivo tan cerca de Dios como en medio de la vergüenza y el desprecio, y el abatimiento del espíritu. Oh, Dios mío, cuán querido eres para mi alma en la noche. Cuando el sol se pone, Tú, brillante estrella de la mañana, cuán dulcemente brillas.

Cuando el pan del mundo está azucarado y untado con mantequilla, entonces lo devoramos hasta que nos enfermamos. Pero cuando el mundo cambia nuestra dieta, llena nuestra boca con vinagre y hace que nuestra bebida sea hiel y ajeno, entonces clamamos por los pechos de nuestro querido Dios otra vez. Cuando los pozos del mundo están llenos de agua dulce pero venenosa, plantamos nuestras tiendas a la boca del pozo, y bebemos una y otra vez y nos olvidamos del pozo de Belén que está dentro de la puerta. Pero cuando el agua de la tierra se vuelve amarga como la corriente de Mara, entonces nos apartamos todos enfermos y desmayados, y clamamos por el agua de la vida: «¡Brotó, oh pozo!». Así las aflicciones nos llevan a nuestro Dios como el perro que ladra lleva a la oveja errante a la mano del pastor.

Y luego la prueba tiene un efecto endurecedor sobre la fe. Así como los jóvenes espartanos se preparaban para la lucha mediante la dura disciplina de sus días de niñez, así los siervos de Dios son entrenados para la guerra por las aflicciones que Él envía sobre ellos en los primeros días de su vida espiritual. Debemos correr con los de a pie, o nunca podremos contender con los de a caballo. Debemos ser arrojados al agua, o nunca aprenderemos a nadar. Debemos oír el silbido de las balas, o nunca nos convertiremos en soldados veteranos.

El jardinero sabe que si sus flores se mantuvieran siempre bajo vidrio y se fomentaran en una gran temperatura, cuando pudiera sacarlas, si llegara una noche fría, morirían rápidamente. Así que no les da demasiado calor, sino que las expone gradualmente y las acostumbra al frío para que puedan resistir al aire libre. Y así, el único Dios sabio no pone a Sus siervos en invernaderos y los cría delicadamente, sino que los expone a la prueba para que sepan cómo soportarla cuando llegue.

Si quieres arruinar a tu hijo, nunca le dejes conocer una dificultad. Cuando sea niño, llévalo en tus brazos; cuando se convierta en joven, aún miméalo; y cuando se convierta en hombre, aún sé su nodriza, y tendrás éxito en producir un necio consumado.

Si quieres evitar que sea útil en el mundo, protégelo de toda clase de trabajo. No permitas que luche. Limpia el sudor de su delicada frente y di: «Querido hijo, nunca tendrás otra tarea tan ardua». Compadécete de él cuando deba ser castigado, satisface todos sus deseos, evita todas las decepciones, prevén todos los problemas, y seguramente lo educarás para ser un réprobo y para romperte el corazón.

Pero ponlo donde deba trabajar, exponlo a dificultades, arrójalo deliberadamente al peligro, y de esta manera lo harás un hombre, y cuando llegue a hacer el trabajo de un hombre y a soportar la prueba de un hombre, será apto para cualquiera de las dos.

Mi Maestro no acuna delicadamente a Sus hijos cuando deben correr solos. Y cuando comienzan a correr, no está siempre poniendo Su dedo para que se apoyen, sino que los deja caer para que se lastimen las rodillas, porque entonces caminarán con más cuidado después, y aprenderán a mantenerse erguidos por la fuerza que la fe les confiere.

Ya ven, queridos amigos, que Jesucristo se alegró, se alegró de que Sus discípulos fueran bendecidos por la aflicción. ¿Pensarán en esto, ustedes que están tan afligidos esta mañana? Jesucristo se compadece de ustedes, pero aún así lo hace sabiamente, y dice: «Me alegro por vosotros de no haber estado allí». Él se alegra de que su esposo haya sido quitado, de que su hijo esté enterrado, se alegra de que su negocio no prospere. Él se alegra de que tengan esos dolores y molestias, y de que tengan un cuerpo tan débil, para que ustedes crean.

Nunca habrían poseído la preciosa fe que ahora los sostiene si la prueba de su fe no hubiera sido como el fuego. Son un árbol que nunca se habría arraigado tan bien si el viento no lo hubiera mecido de un lado a otro, y no lo hubiera hecho aferrarse firmemente a las preciosas verdades del pacto de gracia.

**2.** Pero sin demorarnos aquí, observemos que la liberación que Cristo obró mediante la resurrección de Lázaro también estaba calculada para fortalecer la fe de los apóstoles. En el peor de los casos, Cristo puede obrar. ¿Por qué, en qué situación se encontraban ahora? ¡Aquí había un caso que había llegado a lo peor! Lázaro no está simplemente muerto; ha sido enterrado. La piedra ha sido rodada a la boca del sepulcro; peor aún, se ha vuelto pútrido.

Aquí hay tantos milagros que debo describir la resurrección de Lázaro no como un solo milagro, sino como una masa de maravillas. No entraremos en detalles, pero baste decir que no podemos suponer que haya una exhibición más prodigiosa de la fuerza divina que la restauración de la salud y la vida a un cuerpo por el que los gusanos se arrastraban. Y sin embargo, en este caso tan grave, Cristo no se queda perplejo.

Aquí había un caso donde el poder humano evidentemente no podía hacer nada. Traigan ahora el violín y el arpa, y dejen que la música pruebe sus encantos. Traigan aquí, médico, su pócima más potente, ahora, ¡para la verdadera aqua vitae! Ahora vean lo que pueden hacer. ¿Qué? ¿Falla el elixir? El médico se vuelve disgustado, porque el hedor puede destruir la vida del médico antes de que él restaure el cadáver.

Ahora, busquen por todo el mundo y pregunten a todos los hombres que son: Herodes y sus soldados, y César en el trono imperial: «¿Pueden hacer algo aquí?». No, la muerte se sienta con una

sonrisa macabra riéndose de todos ellos. «Tengo a Lázaro —dice—, fuera de su alcance». Sin embargo, Jesucristo gana el día.

Aquí la compasión divina se manifestó más claramente. Jesús lloró cuando pensó en Lázaro y sus hermanas que lloraban. No encontramos que se diga a menudo que lloró. Era «varón de dolores y experimentado en quebranto», pero aquellas fueron gotas preciosas y raras las que derramó sobre aquel cuerpo muerto. No podía hacer más cuando pensó en Jerusalén; no hace menos ahora que piensa en Lázaro.

¡Qué exhibición tuvieron estos discípulos del poder divino así como de la compasión divina! Porque Cristo solo dice: «Lázaro, ven fuera», y la muerte ya no puede retener a su cautivo. Sale de la casa mortuoria, restaurado a la salud perfecta.

¿No creen que todo esto tendería a confirmar la fe de los apóstoles? Me parece que es parte de la mejor educación que podrían haber recibido para su ministerio futuro. Creo ver a los apóstoles en tiempos posteriores encerrados en la prisión. Son condenados a muerte, pero Pedro consuela a Juan diciendo: «Él puede sacarnos de la prisión; ¿no recuerdas cómo sacó a Lázaro de su tumba? Ciertamente puede aparecer por nosotros y liberarnos».

Cuando salieron a predicar a los pecadores, ¡cómo se fortalecerían al recordar estos casos! Sus oyentes eran depravados, corrompidos, inmorales; los apóstoles se adentraron en medio de las peores condiciones de la naturaleza humana, y sin embargo no temieron por el resultado, porque sabían que el pútrido Lázaro revivió a la palabra de Cristo.

Pedro argumentaría: «¿No restauró Cristo a Lázaro cuando su cuerpo estaba apestando y descompuesto? Ciertamente puede traer los corazones más réprobos a la obediencia de la verdad, y levantar a los más viles de los viles a una nueva vida».

Muchas de las iglesias apostólicas estaban muy perdidas. Tenían en ellas miembros indignos, pero esto no golpearía demasiado la fe de los apóstoles, porque dirían: «Ese mismo Cristo que resucitó a Lázaro puede hacer que Sardis, Pérgamo y Tiatira sean aún una alabanza en la tierra, e iglesias que parecen estar corruptas y fétidas en las narices del Altísimo, pueden aún ser hechas un brillo y gloria, y un olor fragante para Él». Estoy persuadido de que muy a menudo un milagro como este volvería a ellos, y los fortalecería en los tiempos de su sufrimiento y trabajo, y los haría capaces de soportar aflicciones, e incluso el martirio mismo, con confianza en Cristo.

Sin embargo, no diré más, porque la cosa parece suficientemente obvia. Solo que no deben olvidar el principio que estamos tratando de exponer: que en el caso de los apóstoles, Cristo consideró que para ellos tener una fe fuerte valía cualquier costo. No importa qué dolores le costara a María y a

Marta, o en qué pesar pudiera involucrar a Sí mismo o a Sus apóstoles, debían soportarlo porque el resultado era tan sumamente beneficioso.

El cirujano maneja el cuchillo sin lágrimas; agudo es el corte, pero sabe que curará. La madre acerca la poción a la boca del niño, y el niño llora, y se agita, y detesta la amargura, pero la madre dice: «Bebe todo, hijo mío», porque sabe que hay vida en cada gota. Así Cristo se alegra por causa de los apóstoles de no haber estado allí, para que ellos crean.

## II. Jesucristo también tenía la mirada puesta EN EL BIEN DE LA FAMILIA.

María y Marta tenían fe, pero no era muy fuerte, porque sospecharon del amor de Cristo cuando dijeron: «*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*». Había una especie de susurro oculto: «¿Por qué no estabas aquí? ¿Nos amas? ¿Por qué, entonces, te demoraste?». Ciertamente dudaban de Su poder. Marta, cuando podía creer en la resurrección, pero no podía creer en la resurrección presente para su hermano, y cuando nuevamente dijo: «*Ya hiede, porque es de cuatro días*», tenía fe, pero era muy débil. Por lo tanto, Cristo envió la prueba a María y a Marta por causa de ellas, y se alegró de enviarla, para que ellas creyeran.

Observen, queridos amigos, que estos eran favoritos escogidos del Señor Jesucristo. Él ama a todos Sus elegidos, pero estos tres eran como los favoritos de la familia, elegidos entre los elegidos. Eran tres favoritos especiales sobre los cuales se había puesto un afecto muy distinguido, y por lo tanto les envió una prueba especial.

El lapidario, si toma una piedra y encuentra que no es muy preciosa, no gastará mucho cuidado en tallarla. Pero cuando obtiene un diamante raro de la primera agua, entonces se asegurará de cortar, y cortar, y cortar de nuevo. Cuando el Señor encuentra un santo a quien ama, ama mucho, puede ahorrar a otros hombres pruebas y aflicciones, pero ciertamente no ahorrará a este bienamado. Cuanto más amado eres, más vara tendrás.

Es una cosa terrible ser un favorito del cielo. Es una cosa que debe ser buscada y gozada. Pero recuerden, ser del consejo privado del Rey es una cosa que implica tal trabajo para la fe que la carne y la sangre podrían encogerse ante la dolorosa bendición. El jardinero consigue un árbol, y si es de una clase pobre, lo dejará crecer como quiera, y tomará la fruta que venga de él naturalmente. Pero si es de una clase muy rara, le gusta tener cada rama en su lugar apropiado, para que pueda dar bien. Y a menudo saca su cuchillo y corta aquí y corta allá, porque dice: «Ese es un árbol favorito, y es uno que da tal fruto que quiero mucho de él, y no dejaría nada que pudiera causarle detrimento».

Ustedes, que son los favoritos de Dios, no deben maravillarse de las pruebas, sino más bien mantener su puerta bien abierta para ellas, y cuando entren, digan: «¡Salve, mensajero del Rey! El sonido de los pies de tu Maestro está detrás de ti; eres bienvenido aquí, porque tu Maestro te envió».

La prueba especial fue acompañada de una visita especial. Puede ser que Cristo no hubiera venido a Betania si Lázaro no hubiera muerto, pero tan pronto como hay un cadáver en la casa, también hay Cristo en la casa. Oh, cristiano, será mucho para tu consuelo y para el fortalecimiento de tu fe, si Cristo viene a ti en tus problemas. Te digo, si no ves sonrisas en Su rostro en tu prosperidad, no estarás sin ellas en tu adversidad. El Señor Jesús saldrá de Su camino para verte.

Sabes que cuando una madre es más amable con su hijo, lo deja correr y apenas lo nota cuando está bien. Pero cuando llora: «¡Mi cabeza, mi cabeza!» —y cuando lo llevan a la madre y le dicen que está enfermo, ¡cuán tierna es con él! ¡Cómo se prodigan todas las lisonjas del amor y las caricias del afecto sobre el pequeño enfermo! Así será contigo, y al recibir estas visitas especiales, sabrás que eres altamente favorecido sobre los demás.

Esta visita especial fue acompañada de un compañerismo especial. Jesús lloró, lloró con los que lloraban. ¡Ah! Tendrás a Jesús sentado junto a la cama, y llorando contigo cuando estés enfermo. Puedes estar bien y fuerte, y tener poco compañerismo con Cristo, pero Él hará todo tu lecho en tu enfermedad. Aunque puedas caminar por el verde césped sin el Salvador, cuando entres en medio del fuego, como Sadrac, Mesac y Abed-nego, no estarás sin Él entonces.

Doy testimonio de que no hay compañerismo con Cristo tan cercano y dulce como el que nos llega cuando estamos en pruebas profundas. Entonces el Maestro se abre, y toma a Su hijo, no sobre Su rodilla, sino sobre Su mismo corazón, y le ordena que recueste su cabeza sobre Su pecho palpitante. Cristo te revelará Sus secretos cuando el mundo esté contra ti y las pruebas te rodeen. «El secreto del Señor es con los que le temen, y a ellos hará conocer Su pacto», pero nunca tendrán tales descubrimientos de ese secreto y de ese pacto, como cuando más lo necesiten, en los tiempos más oscuros y difíciles. Hay entonces amores especiales, pruebas especiales, visitas especiales y compañerismo especial.

Y pronto tendrás una liberación especial. En días venideros hablarás de estas pruebas. Dirás: «Me preocupé y me angustié por ello, pero oh, si hubiera podido ver el final así como el principio, habría dicho...»

***«¡Dulce aflicción! ¡Dulce aflicción! Así traer a mi Salvador cerca». <sup>1</sup>***

Os digo que os sentaréis aún debajo de vuestra propia vid y debajo de vuestra propia higuera, y hablaréis a los pobres santos tentados y diréis: «No os desaniméis, porque clamé al Señor, y Él me

escuchó y me libró de todos mis temores». Quizás en el cielo esto ayudará a formar parte de vuestra felicidad: recordar el amor de Dios hacia vosotros en vuestras tribulaciones—

**«Allí, en un monte verde y florido,  
Nuestras almas cansadas se sentarán,  
Y con transportes de gozo contarán  
Las fatigas de nuestros pies». <sup>2</sup>**

¿No contaremos a los ángeles, a los principados y a las potestades la fidelidad de Cristo? Diremos a todo el cielo que: «Fuerte como la muerte es el amor, y dura como el Seol la pasión; muchas aguas no pudieron apagar el amor, ni los ríos lo anegaron» (Cantares 8:6-7).

¿Qué dices, amigo mío, tú que estás bajo la vara castigadora? ¿Murmurarás aún más? ¿Te quejarás más contra ella? Te ruego que tomes mi texto y lo leas al revés, di—que Dios te ayude a decirlo—: «Me alegro de que mi Dios no me haya librado, porque la prueba ha fortalecido mi fe. Doy gracias a Su nombre porque me ha hecho el gran favor de permitirme cargar con el extremo pesado de Su cruz. Agradezco a mi Padre que no me haya dejado sin disciplina, porque “Antes que fuera afligido, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra” (Salmo 119:67). “Bueno me es haber sido afligido” (Salmo 119:71)».

Os digo que este es el camino más corto para salir de vuestros problemas, así como el espíritu más provechoso mientras estáis en ellos. El Señor generalmente detiene la vara cuando encuentra a Su hijo recibéndola como un favor. Cuando estás de acuerdo con la vara de Dios, entonces esa vara ya no tendrá pleito contigo. Cuando puedas mirar a los ojos del Padre y decir: «Hágase tu voluntad», entonces Su mano afligidora habrá terminado su obra.

**III.** Ahora llego al tercer punto, y que aquí Dios el Espíritu Santo bendiga la palabra. Este problema fue permitido para DAR FE A OTROS.

Me dirigiré principalmente a aquellos que no pueden decir que son pueblo de Dios, pero que tienen algún deseo hacia Cristo. Es muy probable que hayan tenido algún gran problema en su vida y, mirando hacia atrás, desearían no haberlo tenido nunca. Pero mi Señor, que sabe mejor que vosotros, dice: «Me alegro por vosotros de que no os haya ahorrado ese problema, para que así podáis ser llevados a creer».

Sabed con certeza que las aflicciones a menudo llevan a los hombres a la fe en Cristo porque dan espacio para pensar. El hombre era fuerte, robusto y vigoroso, y seguía trabajando día tras día, y nunca tenía un pensamiento acerca de Dios. «El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su

amo» (Isaías 1:3), pero él no conocía, no le importaba. Dejaba todos los pensamientos de la eternidad para aquellos que eran lo suficientemente tontos como para ser religiosos, pero para él, ¿qué le importaba? La muerte estaba muy lejana y, además, si no lo estuviera, no tenía tiempo para pensar en ella.

Ocurrió un accidente. Tuvo que yacer en su cama, y al principio se irritó y enfureció, pero no podía cambiarse, y allí, en la sala del hospital, gimió durante muchas horas de cansancio por la noche. ¿En qué podía pensar? Entonces el hombre comenzó a pensar en sí mismo, en su condición delante de Dios, en cuál sería su suerte si muriera. Cuando su vida tembló como en una balanza nivelada, y nadie podía decir hacia qué lado se inclinaría, el hombre se vio obligado a reflexionar. Muchas almas han sido aradas en el hospital, y luego han sido sembradas en el santuario. Muchos hombres han sido traídos por primera vez a Dios por la pérdida de un miembro, o por una larga enfermedad, o por una profunda pobreza.

Las aflicciones llevan a los hombres a la fe con frecuencia al impedir el pecado. Un joven había resuelto escalar una montaña. A pesar de los buenos consejos, había decidido llegar a la cima, aunque alguien mucho mayor que él le había advertido del peligro. No había avanzado mucho por la ladera de la montaña cuando una espesa niebla lo rodeó. Se alarmó. La niebla era tan espesa que apenas podía ver su propia mano. Retrocedió, siguiendo el camino por donde había venido, y regresó apenado a la casa de su padre, diciéndole que había estado en gran peligro. Su padre dijo que se alegraba de ello, porque si no se hubiera encontrado con ese peligro, podría haber avanzado un poco más y caído, para no levantarse jamás.

A menudo, los problemas apartan a los hombres de la tentación. Habrían ido a malas compañías, a la embriaguez o a la lujuria, pero no pudieron. La cita estaba hecha—¡ah! la misma noche estaba reservada—, pero la mano negra del bondadoso ángel de Dios vino—dije una mano negra, porque así lo parecía—y el hombre no pudo hacer lo que había deseado hacer, y así su curso fue detenido, y esto, en la mano de Dios, fue el medio para llevarlo a la fe.

Los problemas, de nuevo, a menudo llevan a los hombres a creer en Jesús porque los obligan a enfrentarse cara a cara con las realidades severas. ¿Habéis yacido alguna vez al borde de la muerte durante una semana? ¿Habéis yacido alguna vez con vuestro cuerpo atormentado por dolores, escuchando los susurros del médico y sabiendo que se reducían a esto: que había noventa y nueve probabilidades contra una de que no pudierais recuperaros? ¿Habéis sentido alguna vez que la muerte estaba cerca? ¿Habéis mirado alguna vez a la eternidad con ojos ansiosos? ¿Os habéis imaginado alguna vez el infierno y os habéis pensado allí? ¿Habéis permanecido alguna vez despiertos y habéis pensado en el cielo y en vosotros mismos excluidos de él?

¡Ah! es en momentos como estos cuando el Espíritu Santo de Dios realiza grandes obras para los hijos de los hombres. Por eso Cristo se alegra cuando son humillados hasta el extremo, cuando su alma aborrece toda clase de alimento y claman a Dios en su angustia. Él se alegra porque esto es el trampolín para una confianza real y genuina en Él, y por tanto para la vida eterna.

Es mucho mejor perder un ojo o una mano que perder el alma—mejor ir al cielo pobre y harapiento, que ir al infierno rico—mejor fundirse en el cielo mediante el proceso de la consunción que bajar al infierno con huesos llenos de médula y tendones llenos de fuerza. ¡Gloria sea a Dios por las pruebas y problemas que algunos de nosotros hemos tenido si han sido el medio de traernos a Cristo!

Las pruebas tienden a hacer que los hombres crean en Cristo cuando son seguidas por liberaciones. Quizás algunos de vosotros habéis sido levantados de un lecho de enfermedad, o habéis sido ayudados en un tiempo de angustia temporal. Bien, ¿no tenéis gratitud? ¿No amáis a Dios por Su bondad? ¿No se derrite vuestro corazón hacia el Señor por las obras bondadosas que ha hecho por vosotros? ¿No tenéis ningún canto de alabanza para Su nombre? He conocido a muchos que han dicho: «Ahora que Dios se ha complacido en levantarme y ayudarme de esta manera, le daré mi corazón. ¿Qué puedo hacer por Aquel que ha hecho tanto por mí?»

La gratitud, no lo dudo, ha llevado a muchos a poner su confianza en Cristo. Además, si buscasteis a Dios y pedisteis ayuda en el tiempo de angustia, y Él os ayudó, esto tenderá a animaros a orar de nuevo. Si Él os ayudó entonces, Él os ayudará ahora. Si Él perdonó vuestra vida, ¿por qué no va a perdonar vuestra alma? Si Dios se ha complacido en levantaros del sepulcro, ¿por qué no podría también libraros del pozo del infierno?

Bendigo a Dios porque hay muchos en esta iglesia que fueron llevados a buscar al Señor a través de respuestas a la oración. Dios fue misericordioso con ellos en su angustia. Su misericordia escuchó su oración, la bendición llegó, y el resultado es que claman a Él y clamarán mientras vivan.

Si una vez hemos prevalecido con Dios, y creyendo en Dios hemos tenido alguna liberación, esto, espero, será dirigido para hacernos confiar en Dios para todo en el futuro. Recordad que lo único necesario para la vida eterna es confiar en el Señor Jesucristo.

Sé que me diréis que no podéis ser perfectos. No, sé que no podéis. Diréis: «Tengo muchos pecados. He hecho mucho que está mal». Es verdad, muy cierto, pero el que cree en el Señor Jesucristo tiene sus pecados perdonados. Conocéis la historia: Cristo descendió del cielo y tomó los pecados de Su pueblo sobre Sus propios hombros. Cuando Dios salió a herir al pecador, la Justicia dijo: «¿Dónde está?», y Cristo vino y se puso en el lugar del pecador, y la espada de Dios atravesó el

corazón del Salvador. ¿Por qué? Para que nunca más cortara ni hiriera el corazón de aquellos por quienes Jesús murió.

¿Murió Él por vosotros? Murió si creéis en Él. Vuestra fe será para vosotros la evidencia de que Cristo fue vuestro sustituto, y ¡oh! si Cristo sufrió por vosotros, vosotros no podéis sufrir. Si Dios castigó a Cristo, nunca os castigará a vosotros. Si Jesucristo pagó vuestras deudas, sois libres. Hoy, ante el trono de Dios, si creéis, sois tan limpios como los ángeles en el cielo. Sois un alma salva si estáis descansando en la expiación de Cristo, y podéis iros y cantar—

***«Ahora, libre del pecado, ando con amplitud;***

***La sangre del Salvador es mi plena cancelación;***

***A Sus queridos pies mi alma pongo,***

***Un pecador salvo, y homenaje rindo». 3***

Si este es el resultado de vuestra aflicción, bien puede decir Cristo: «Me alegro por vosotros de que no estuviera allí para detener el problema, a fin de que creáis». Que Dios os lleve a la fe por amor de Jesús. Amén.

---

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit, Colección de C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, la capitalización de los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).